«En la mañana hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti.
Indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma a ti».
(Salmo 114)

Justo en estos versículos, mis buenos hermanos, tenía la señal en su Liturgia de las Horas, laudes del jueves de la IV semana, nuestro querido e inolvidable Hermano

MARIANO BELTRAN ROMERO

SACERDOTE

Cuando recibió el último y definitivo aviso del Padre para que partiera hacia la verdadera Patria. Hasta ese día, ni uno solo dejó de pasar las hojas con mano trémula para musitar sus oraciones que tan sólo la embolia, que le dejara en estado de coma, pudo truncar.

Don Mariano contaba casi 89 años de edad.

Nació en Jaca (Huesca) el día 8 de septiembre de 1894. De la festividad de la Natividad de Nuestra Señora le vino a él el nombre de Mariano, ya que sus padres —Juan y Catalina— labradores de profunda raigambre cristiana, educaron a sus hijos en el temor de Dios y en la devoción filial a su Madre Santísima.

Don Mariano entró por primera vez en esta Casa Salesiana de Campello el año 1907. Provenía de las Escuelas de Sarriá y fue de los primeros aspirantes que poblaron esta casa, la cual al cabo de los años habría de dar a la Iglesia y a la Congregación numerosos sacerdotes, coadjutores, misioneros y obispos. Hasta el final de su vida recordó siempre con nostalgia, los nombres de sus primeros maestros por quienes sintió admiración y afecto.

Profesó sus primeros votos en Carabanchel Alto, el día 2 de septiembre de 1912.

Se entregó para toda la vida a Dios en la Congregación Salesiana en el mes de octubre de 1918.

Y de nuevo sus estudios de filosofía y teología (1912-14 y 1917-21) los realizó en esta casa. Eran aquellos tiempos del «quinqué», de duras jornadas de clase con alumnos más o menos inquietos, a quienes sabía infundirles el deseo del estudio y el amor al trabajo.

Se ordenó sacerdote el 21 de julio de 1921, siendo consagrado por el Emnmo. Cardenal Vidal y Barraquer. En Barcelona.

A partir de entonces, fueron las casas de Valencia, Mataró, Villena, Barcelona (Sarriá), Barcelona (Martí-Codolar), Pamplona, San Vicente dels Horts y Campello las que recibieron el influjo de su presencia, grande por su humanidad y por su inteligencia.

De las muchas facetas que podemos destacar de don Mariano, tal vez sobresalgan tres:

1. SACERDOTE. Don Mariano se sintió sobre todo sacerdote. A través de sus distintos cargos de administración, consejería de estudios o catequesis, siempre sobresalió el sacerdote. Muy joven aún se le encomendó el delicado cargo de confesor. Acudían a él sacerdotes salesianos, diocesanos, personas mayores, jóvenes y niños en busca del Padre bueno, comprensivo y afable que con delicada palabra les sugería el consejo oportuno para el camino de su vida cristiana. Dios le concedió el gran don de llegar a la ancianidad pletórico de facultades físicas y mentales, y desde esa altura, poder celebrar sus Bodas de Oro sacerdotales, el día 18 de abril de 1971; y las Bodas de Diamante, el 31 de noviembre de 1981. Fueron dos ocasiones en las que se desbordó su corazón en muestras de agradecimiento a Dios, a Don Bosco y a cuantos durante su vida le ayudaron de cualquier modo a ejercer su sagrado ministerio.

Cuando le iba a visitar en el claustro de su habitación donde permaneció casi dos años sin poder salir, siempre hacía referencia a dos cosas: su oración (en todo momento a tono con la Liturgia de las Horas y en el Rosario) y su trabajo (que lo dedicaba plenamente al estudio).

2. MAESTRO. El estudio fue para él una grave responsabilidad. Era un hombre culto. Podríamos decir que casi autodidacta, ya que

en sus tiempos, el dedicarse solamente a los estudios teológicos, era todo un lujo. Los alternaba con el trabajo de asistencia y clase. Por su cuenta adquirió notables conocimientos teológicos hasta llegar a ser profesor de moral en el Seminario de Martí-Codolar (Barcelona, 1949-51).

Cultivaba con interés el francés, inglés y alemán, idiomas que utilizó para la clase y, durante muchos años en esta zona turística, en el confesionario donde tenía abundantes fieles que acudían a él con el alivio de sentirse comprendidos. Tengo ante mí los libros (amarillentos por los años, algo mugrientas las hojas de tanto estudiarlas y repasarlas) de inglés y sobre todo alemán. En cada visita que le hacíamos nos contaba el último chascarrillo que había traducido. Se le veía gozar como si descubriera algo inenarrable. Hasta el penúltimo día de su muerte no perdió ni un minuto de tiempo. Aprovechaba cualquier intervalo para investigar, aprender, ampliar conocimientos, siempre con la esperanza puesta en mejorar su salud y poder bajar o acupar su confesionario en el Santuario de María Auxiliadora.

3. FIDELIDAD. Cuando un hombre llega al umbral de los 89 años, cuando en sus últimos días se le ve el espíritu de oración propio de los años recién estrenados de vida religiosa, cuando su disponibilidad a esas alturas es incondicional a quien quiera necesite de su ministerio, podemos decir, Hermanos, que allí se ha hecho vida la fidelidad.

Ciertamente su ejemplo en este sentido tiene varias vertientes:

— Fidelidad al Magisterio de la Iglesia.

Leía con afán las encíclicas del Papa, seguía sus viajes con la oración y a través de los medios de difusión, hablaba siempre que podía del Papa y de anécdotas que él acumulaba en prodigiosa memoria.

— Fidelidad al Magisterio Salesiano.

Sabía la última sugerencia del Rector Mayor, aludía a pasajes de San Juan Bosco como si acabara de leerlos, reflexionaba y nos ofrecía sus reflexiones de cuantas circulares se recibían del P. Provincial. El superior para él —hombre de profunda fe— era quien le daba sencillamente la pauta segura para cumplir la voluntad de Dios.

— Fidelidad a su propia vocación.

Por ella pedía cada día. Deseaba morir salesiano por encima de todo, y serenamente esperaba el último momento para tener esta enorme satisfacción. Así lo expresó varias veces.

Se nos ha ido el salesiano veterano de la inspectoría.

Esta Casa de Formación tiene fundadas esperanzas de que don Mariano ha de interceder por las vocaciones salesianas a las cuales dedicó buena parte de su vida, por las cuales pedía a diario y a muchas de llas dirigió hasta llevarlas al altar.

He de cumplir con un deber de gratitud al haceros llegar el ejemplo del buen hermano don José Choimet, que durante casi dos años ha sido quien ha prodigado atenciones innumerables a nuestro desaparecido don Mariano. Y no sólo por los cuidados que le ha ofrecido, sino por el «modo» con que lo ha hecho: solícito, puntual, fiel a las indicaciones del médico, a las necesidades del enfermo. Día y noche. Cuando ha hecho falta. No quisiera que estas palabras mermaran los méritos que Dios le tiene acumulados por todo. Sí quiero darle las gracias en nombre de nuestra comunidad por el ejemplo de caridad fraterna que nos ha dado.

Sus funerales fueron cordiales. Era un domingo. El 24 de julio. En esta zona era casi un día de jolgorio, pues la gente se refugia bajo nuestros pinos para disfrutar de la sombra y de la brisa del mar. Pero vio con reverencia que su cadáver fue procesionalmente trasladado al Santuario donde le esperaban abundantes amigos y fieles. Presidió el funeral el P. Inspector acompañado de un nutrido número de salesianos de nuestra inspectoría y de la de Madrid (Procura Misionera) que vinieron para acompañarle en este último homenaje de agradecimiento.

Hermanos, que Dios nos conceda a todos el don de la fidelidad para llegar al final de nuestra peregrinación llenos de méritos sacerdotales y salesianos como nuestro buen don Mariano.

Cordialmente en Don Bosco,

FERNANDO FERRANDIZ

Datos para el necrologio. SAC. MARIANO BELTRAN ROMERO. Nació en Jaca (Huesca) el 8 de septiembre de 1894. Murió en Campello (Alicante) el 23 de julio de 1983. Fué por 3 años Director.